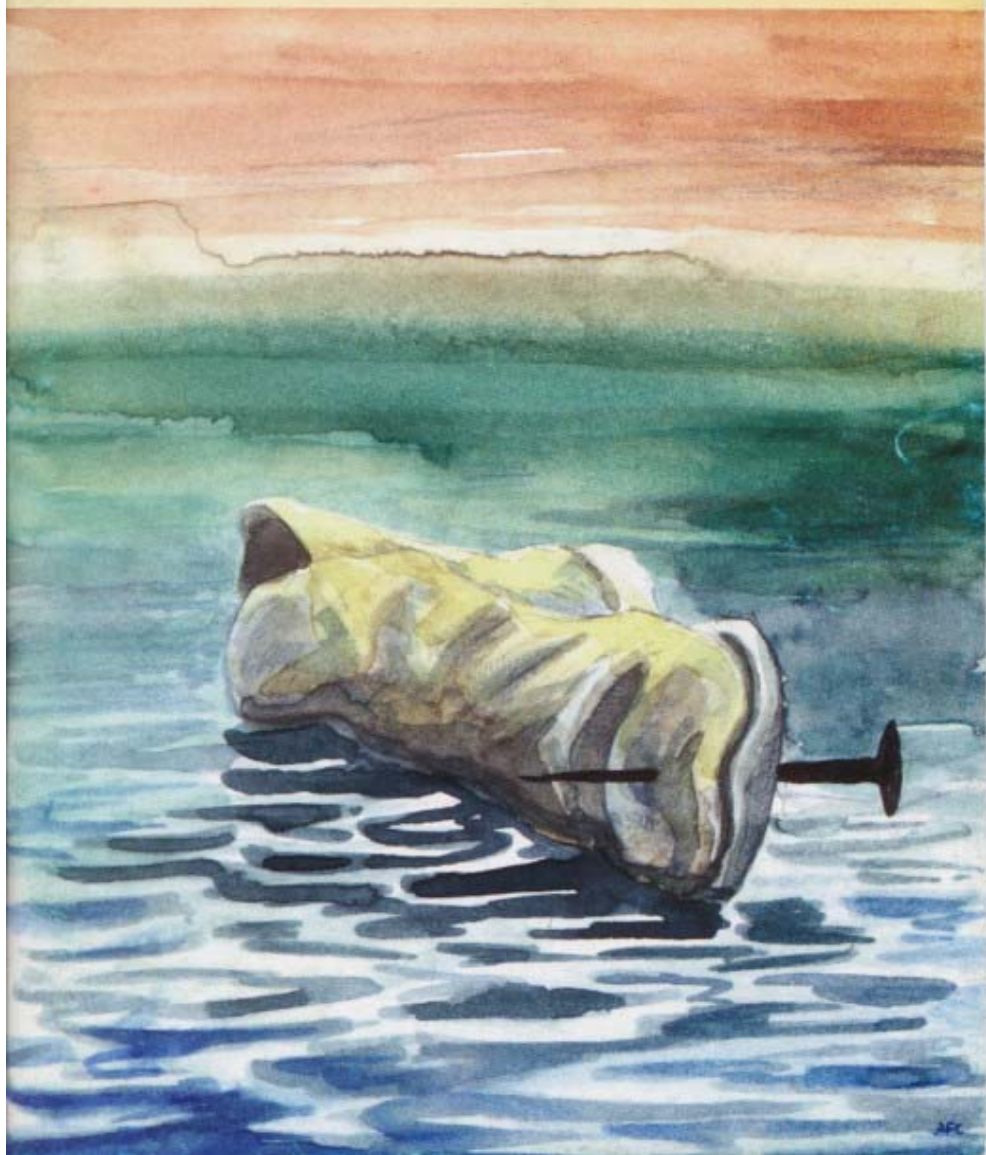




LA BOTICA

Revista literaria

Nº2 Vitoria-Gasteiz, julio de 2001. 300 pts.



AFC

CREADORES

Portada "La Botica"	
Andrés Bezares.....	
Lourdes Illera.....	
Pablo Milicua.....	
José Luis Guillerna.....	
Carlos Pérez Uralde.....	
Jorge Girbau Bustos.....	
Nuria Chicote.....	
Gotzone Redondo.....	
Laura de la Serna.....	
Alfredo Lope Echazarreta.....	
Antonio Polo.....	
Javier Ortiz de Zárate.....	
Rafael Moriel.....	
Antonio Altarriba.....	
Luis Miguel García de Amézaga.....	
Jon Eguluz.....	
Belén Reyes.....	
Ignacio Alfaro.....	
Luis Arturo Hernández.....	

ALTERNATIVAS LITERARIAS

ENTREVISTA A MARIANO ÍÑIGO, POETA

Entrevistador: Mariano, tienes 52 años. Resume tu vida en cinco líneas.

Mariano: Resumir mi vida en cinco líneas me parece un poco difícil, pero bueno...

Mi vida es un compendio de muchas cosas, como la de cualquier persona de mi edad. He tenido ideales, ilusiones; pero ahora, mi vida carece de esperanza, porque la esperanza, como la paz, para mí, es una mentira.

Entrevistador: Mariano, ¿cuál es tu currículum como poeta?

Mariano: he publicado cinco libros de poesía: Bohemia interior, Poemas existenciales, Amargamente vital, En una fosa de anhelos azules, El desorden de la mano que mata, y también el poema de gran aliento, titulado "Manuscrito hallado en una casa de locos por un mago delgado y sencillo", así como multitud de poemas en revistas literarias como Amilamia, Texturas, La Botica, Plus Demoniorum, Naturaleza impresa, Comunicación, Dádiva, El ateneo del Norte, La carda. Algunas de ellas ya ni existen.

Entrevistador: Mariano, ¿por qué eres poeta?

Mariano: porque he nacido poeta y he sabido cuidar ese don. También porque la poesía es no someterse al lenguaje convencional. Es el otro lenguaje.

Entrevistador: ¿Mariano, qué supone ser poeta hoy en día?

Mariano: para mí supone, o debe suponer, revelarse contra todo aquello que se nos impone, perder todos los prejuicios, rechazar todos los tabúes y desnudarnos totalmente ante el lector.

Entrevistador: ¿Poeta, poeta maldito, qué eres tú? ¿Qué es un poeta?

Mariano: Se me considera un poeta maldito, pues han hecho un ensayo en la revista Rimbaud, sobre mi obra poética, y ese "sanbenito" me han colgado.

Ser poeta, en el sentido tradicional, es el que escribe versos. Para mí, es el que es capaz de escribir: "Soy un romántico, y no me importaría morir sobre tu coño muerto de frío".

Entrevistador: Mariano, ¿qué es la poesía?

Mariano: aunque suene a tópico, no sé lo que es la poesía, pero sí sé lo que no es.

Entrevistador: Mariano, ¿a qué crees que se asemeja más la poesía? Revolución, idealismo, estupidez, necesidad de aclaración de aspectos difusos, conocimiento de uno mismo, egoísmo, dolor, felicidad, cursilería, convencimiento, vanidad, frustración...

Mariano: a una nueva visión de la tragedia. Es la única manera de conocernos mejor a nosotros mismos.

Entrevistador: Mariano, perteneces a la generación del 68. Dime, ¿qué significó y qué significa la misma en la actualidad?

Mariano: aquello fue uno de los más grandes bulos del siglo XX. En la actualidad, lo único que puedo decir es que yo soy uno de los supervivientes de aquella pseudo-revolucionaria generación.

Entrevistador: ¿crees que sería posible algún tipo de revolución como la del 68, que corrigiera todo lo que siempre supimos estuvo mal y sin embargo hablamos una y otra vez sin pretender realmente solucionar?

Mariano: como te he dicho, aquello no fue, ni por asomo, una revolución. Yo nunca me he identificado con la generación del 68. Aquí no se puede solucionar nada, porque el significado primigenio de la libertad, está prostituido. Sin embargo, sí es posible una revolución en América Latina, precisamente porque el anhelo de libertad no lo han perdido. Está más vivo que nunca.

Entrevistador: Mariano, ¿te consideras artista? ¿Qué es eso de ser artista?

Mariano: hay muchas clases de artistas. Los que se llevan el gato al agua son los asépticos, y los de la corte. Para mí, un artista es el que recoge excrementos caninos y curte la piel de las jóvenes marquesas.

Entrevistador: ¿hay artistas e idiotas? Háblame de ello.

Mariano: Admiro a los idiotas y rechazo a los que las 24 horas del día están recordándote que son artistas. Los primeros poseen una ingenuidad patológica, y los segundos un narcisismo insoportable.

Entrevistador: Mariano, volviendo a la poesía... ¿Por qué escribes?

Mariano: porque la poesía, que es una puta, y amo muchísimo a las putas, me visita cuando menos me lo espero.

Entrevistador: Mariano, ¿hay algo de esquizofrenia en la creación? ¿Tienes una sola personalidad? ¿Muestras a la gente una cara diferente de esa otra sensible que te sale cuando escribes, cuando expresas, quizá, lo más recóndito de tu espíritu?

EDITORIAL

EL CLAVO EN EL ZAPATO DESGASTADO

O EL MILAGRO DE LA DIOSA ATHOR

En la época de los faraones no existía la noche, todo era luz amarillenta que inundaba las pirámides. En la actualidad, el sol duerme en una cama incómoda repleta de pinchos puntiagudos.

La diosa Athor acostumbraba jugar con un zapato desgastado y un clavo más grande que un rascacielos -eso cuenta la leyenda- desconociendo la utilidad de ambos y sin saber muy bien qué hacer con ellos, hasta que una achicharrante tarde halló la solución a su problema de manera casual, cuando encajó el clavo en el zapato.

-Se ha puesto negro el cielo -exclamó-. Yo lo llamaré noche.

Athor, asustada por el resultado de su descubrimiento, extrajo el clavo pero el cielo se quedó oscuro, y más tarde inventó el sueño, y la cama. Se corona así misma reina de la noche, y desde entonces todos los listos, los idiotas, los altos, bajos, todos los animales y plantas tuvieron derecho a descansar cada noche, gracias a la diosa egipcia Athor, a su clavo y a su desgastado zapato.

Jon Uriarte Gómez

“La botica”, revista literaria, son:

Dirección, redacción, composición y maquetación interior:

Rafael Moriel, Jorge Girbau Bustos, Javier Ortiz de Zárate

Composición portada:

Arantza Íñiguez de Onsoño

Fotos interiores: *preciosa Janis (monográfico Janis Joplin), Dujna Barnes (pasión y desengaño en el bosque de la noche de Dujna Barnes).*

Podéis enviar vuestras colaboraciones en texto y/o disquette al apartado de correos xxxx de Vitoria-Gasteiz, o bien por correo electrónico, pegando el texto al cuerpo del correo, sin adjuntar archivos adicionales.

e-mail: estoyenlabotica@yahoo.es

“La Botica”, revista literaria, Vitoria-Gasteiz, Junio 2001

Mariano: en algunos casos sí hay esquizofrenia; en otros, una neurosis. Escribir es estar enfermo, es carecer. Lo mismo que vivir, como dijo Cirlot.

Entrevistador: Mariano, ¿cómo definirías tu interior, eso que la gente llama alma, por denominarlo de alguna manera?

Mariano: no sabría muy bien definirlo, pues tengo muchas. Quizás mi interior sea un continuo desgarrar por la época que me está tocando vivir.

Entrevistador: te he oído decir alguna vez que los poetas tenéis muy mala leche. ¿Tienes mala leche tú? ¿Es necesario tener mala leche para escribir lo que tú escribes?

Mariano: yo no he dicho que los poetas tengan mala leche, sino que para escribir poesía no vale sólo con tener buenos sentimientos. También se necesita una fuerte dosis de mala leche. Los sentimientos nobles en poesía son los menos auténticos.

Entrevistador: Tú no te has integrado en el sistema. Eres independiente y poeta. La mayoría de creadores, incluyendo a los científicos, etc., que aportaron algo interesante al mundo, padecían algún tipo de neurosis. ¿Crees que una persona integrada, con un buen trabajo y todo eso, alguien así podría aportar algo interesante a la creación?

Mariano: sí. Y voy a poner tres ejemplos: Eliot, Wallace Stevens, Guillermo Carnero.

Todos estamos integrados en esta sociedad; unos más que otros. Pero el deber del poeta es criticar lo que la sociedad tiene de negativo para el hombre. Ya lo dijo Paul Eluard: "Existen muchos mundos, pero todos están en éste".

Entrevistador: ¿qué has aportado tú a la creación?

Mariano: soy la persona menos indicada para contestar a esa pregunta. Suena tópico, pero es así. Que me juzgue el lector, el oyente que ha oído mis poemas o ha visto mis cuadros...

Entrevistador: ¿qué mensaje transmitirías al mundo si tuvieras la oportunidad de hacerlo?

Mariano: yo lo haría con unos versos de mi amigo Rimbaud: "Que este mundo reviente, es la verdadera senda".

Entrevistador: ¿qué pregunta te gustaría que te hicieran y nunca te hizo nadie?

Mariano: ¿por qué siendo tan flaco tienes esa fuerza tan enorme cuando recitas? Me gustaría que me hubiesen hecho esa pregunta.

Entrevistador: responde pues.

Mariano: pues yo creo que es debido a que la muerte tiene una fuerza enorme. Ante la muerte nadie se resiste...

Entrevistador: Mariano, ¿has sentido alguna vez que si se quemara tu casa lo que más te dolería sería perder tus poemas, hijos tuyos que el mundo quizá debiera algún día conocer? ¿Has sentido algo parecido?

Mariano: si se quemara mi casa, me importaría un pito que se calcinaran mis poemas. Lo importante sería que no me quemase yo... ja ja ja ja... Que se quemase todo, los poemas, los cuadros, los muebles, pero que no me quemase yo, que no me calcine.

Entrevistador: Mariano, eres una persona con experiencia. Eso ya te convierte en rico. ¿Qué harías tú con el conocimiento que posees, qué cambiarías de tu vida, qué enfoque te gustaría darle si tuvieras veinte años menos?

Mariano: no tengo tanta experiencia. No cambiaría nada de mi vida. Y por supuesto, estoy contento de cómo soy, y tener veinte años menos sería una desgracia para mí.

Entrevistador: joder... tienes las ideas claras, ¿eh?

Mariano: a mí no me va eso ya... Lo que hice, hecho está.

Entrevistador: ¿cómo ve el resto de la gente a los poetas. ¿Sois una especie en extinción? ¿Debe ser el poeta mártir en vida y reconocido tras su muerte? Alguna vez me has hablado sobre ello. Explícate.

Mariano: no sé a los demás, pero a mí me ven como un hombre muy raro e histriónico. También hay personas que me ven como un hombre sensible y tierno. Yo creo que hay muchas miradas al respecto.

El poeta no debe ser ningún mártir, sino un demiurgo, una persona vidente que se adelanta a los acontecimientos, que por medio de su poesía vea lo que ocurrirá en el futuro, veinte años después... además de explicar lo que ocurre actualmente. Que sea reconocido en vida o post mortem, para mí, carece de importancia.

Entrevistador: Mariano, a mí me jode que no escribas relatos. Tú dices que no eres un buen narrador. ¿Por qué eres un buen poeta y un mal narrador?

Mariano: no sé si soy buen o mal narrador, pero ya he publicado algunos cuentos...

Tengo más dotes para escribir poemas. He trabajado más la poesía que la narrativa.

Entrevistador: Pintas, y escribes. ¿Cuándo y por qué comenzaste a crear?

Mariano: hace 38 años; ¿por qué?, quizás por una serie de inquietudes. La primera y más importante, es que por aquella época me sentía un inútil total.

Entrevistador: ¿por qué dejarías de crear? Dime algo por lo que lo harías.

Mariano: por ser feliz dejaría todo, incluso este mundo tan abominable.

Entrevistador: Mariano, ¿cuántos poemas tienes?

Mariano: no sabría decirte cuántos. Muchos.

Entrevistador: Mariano, me has dicho antes que te gustaban las putas. ¿Hay más poesía en las putas que en la gente normal?

Mariano: bueno, las putas, los yonquis, los abstemios, los alcohólicos, los personajes oscuros suelen ser más poéticos, más novelescos que los considerados normales, aunque también en esa otra gente hay poesía. El poeta no debe encontrar inspiración solamente en personajes marginales, sino también en personajes instalados en esta sociedad, que tienen sus angustias y desvelos.

Entrevistador: ¿qué puede hacer alguien por ti, Mariano?

Mariano: que me deje en paz.

Entrevistador: Mariano, ¿qué crees que has aportado al mundo?

Mariano: veinte litros de semen en una vagina ultrajada.

Entrevistador: ¿qué te ha parecido la entrevista?

Mariano: ante preguntas absurdas, respuestas lógicas.

Entrevistador: añade lo que quieras.

Mariano: Katibola-katibola-, kolo bala lava loko penorovanmandre si pa, tú escribes relatos y haces entrevistas, yo me encuentro vacío cuando hablo.

Entrevistador: hasta otra y buena suerte, Mariano.

Mariano: gracias.

Una entrevista de R.M.



TREINTA AÑOS ESPERÁNDOTE

BELÉN REYES

Treinta años esperándote. Haciendo el idiota. Ocupando el tiempo en ser niña, adolescente, adulta. Crecer según el calendario, y todas esas parafernalias de la vida.

Treinta años despistándome, entreteniéndome, rellenando horas con esta silicona absurda de estar viva...

Cuando salí del coño de mi madre esperaba verte. Me puse a llorar de la mala leche que me entró cuando no te vi. Después me siguieron dando leche. Y después leches y leches... hasta ahora.

Se supone que yo tenía que nacer por quedar contigo en algún sitio. Ya no podíamos sostener tanto pensarnos y debía ser discreta.

Y qué mejor idea que la de venir a este mundo, que está lleno de gente.

A veces me dan ganas de decirlo, de escupirlo con el pecho o dispararlo con mi cabeza. Y me digo, venga Belén, controla, que no te afecte nada. Tú estás aquí porque tienes una cita. Esto es puro trámite. Aguanta el tirón, cualquier día aparece... Pero acabas implicándote.

Estoy en una esquina extensa y difícil en donde me he citado contigo, y mientras llegan suceden muchas cosas... tal vez demasiadas.

¿Qué quieres ser de mayor? Me preguntaron cuando era un mico, y yo contesté: quiero ser pequeña... ¿Qué otra cosa puedo ser para seguir esperándote?... Y no creas que resulta nada fácil, aquí se empeñan en estirarte la esencia como si de un chicle se tratara... Venga a masticarte por todos los sitios... Ah! pero eso sí, conmigo no pueden ... Mi amor es más grande que sus juegos. Y además yo no soy como ellos, yo no he nacido porque me tocara nacer, yo he nacido porque he quedado contigo... ¿o no?

He sentido ganas de pirarme cientos de veces... Reconoce que tengo que estar un poco cabreada, porque citarme en este sitio tiene delito.

Llevo treinta años esperándote... Y mientras tanto, me he sacado el carnet de conducir, el de identidad, tres muelas, dos nombres y de la maga, una carta en cada llanto... He conocido otros países de tierra, otros de carne. He subido al placer, a un avión. He subido a la sed, al dolor... llevo treinta años haciéndolo.

Treinta años esperándote. Escribiendo tonterías, leyendo a gente que no conozco, cogiendo el metro, cogiendo borracheras, cogiendo cariño a seres que se escapan.

Lo del sexo me gusta, es el mejor medio de comunicación y el más barato. El orgasmo me recuerda los paisajes que abandoné para venir a buscarte. A veces me pregunto, si me reconocerás con este estuche de carne en el que habito.

Te busco en los vagones y en las calles, en los ojos de mis amantes y en los libros. Te busco en cada trozo... Llevo treinta años haciéndolo.

Lo que más me jode es morirme y otra vez vuelta a empezar. Si hemos quedado, hemos quedado !hostias! Y si no...a ver qué coño hago yo en este mundo.

Del libro "Lo del amor es un cuento", Edit. Ópera Prima.



PASAJE A TRISTEZA

JOSÉ LUIS GUILLERNA

- "...y tenía un triangulito de esparto, a modo o manera de bikini o tapacojonzuelos, y medias moradas..."

- "¿Medias moradas, dices...?"

- "...medias moradas las pelotas, del roce con el esparto."

Conferencia que, a modo o manera de reflexión, me autoimparto sobre la tristeza:

Tristeza, según el diccionario, es un estado natural o accidental de aflicción, y aflicción es pesar o sentimiento.

A partir de aquí, podría comenzar un exhaustivo análisis de las innumerables causas que, como rutas variadas y pintorescas del mapa de carreteras de la vida, pueden llevarnos a ese punto -que sí tiene retorno, ¡atención a esas depresiones!- llamado TRISTEZA.

No es un lugar agradable, evidentemente, y aunque debamos efectuar algunas involuntarias e imprevistas paradas en él a lo largo del continuo ir y venir de cada día, lo más adecuado es armarse de paciencia y de tenacidad mientras realizamos un esfuerzo supremo que ponga en marcha nuestro personal vehículo espiritual, en el que nos transportaremos a toda velocidad lo más lejos posible de ese sitio maldito.

Y si no podemos hacerlo de inmediato, hay que aguantar, aguantar y aguantar, porque, como cualquier visita turística desarrollada con interés, atención y positivo afán, la estancia en TRISTEZA habrá de sernos de gran utilidad para completar nuestra instrucción, solidificar nuestra alma y, en suma, engrandecer nuestro conocimiento.

El viaje hasta TRISTEZA suele ser brusco y rápido, como esos desplazamientos en el tiempo a los que nos tienen acostumbrados los autores de ciencia-ficción. Ahora estás alegre, feliz y confiado, y en el instante siguiente, como consecuencia de esa noticia que acabas de recibir o de esa inesperada y desagradable experiencia, ya eres huésped del inclemente y lamentable país del sufrimiento.

Preferiría que no tuvieras que visitarlo, aunque creo que es inevitable. Además, mucho me temo que la única forma de adquirir la fortaleza necesaria para salir airoso en el eterno combate existencial pasa, precisamente, por la experimentación y asunción del dolor.

Quien más y mejor valora la vida es aquél que acaba de regresar de las fronteras de la muerte: si no has sufrido, nunca podrás conocer el verdadero significado de la palabra alegría.

Y eso que nos obligan a vivir en un estado de permanente alegría; de alegría forzada donde las miserias humanas, el dolor, la pena y la desesperanza quedan ocultos detrás de la espesa cortina de niebla generada por la publicidad, los concursos de belleza y el culto al cuerpo, la incondicional adoración a los astros de la pantalla y a los famosetes de las revistas del corazón, las reiterativas y aburridas manifestaciones de todos los políticos gobernantes y opositores, y el seguimiento obligado y sistemático de cuanto acaece en el vasto mundillo deportivo, que, por regla general, tiene poco de deportivo pero mucho de suculento negocio fabuloso.

Por si acaso vives en el engaño, confiado en la seguridad de tu estado anímico, en el volumen de tu cuenta corriente y en tu hermosa y arrolladora personalidad, te informo de que también tienes pasaje abierto a TRISTEZA.

No me tomes por agorero, que no lo soy. Cada una de mis canas es una muesca grabada en la culata de mi espíritu, como recuerdo indeleble de los mil duelos que he mantenido -y aún mantengo- contra el Destino. Hoy les rindo este burlón homenaje, arrogándome el cometido de simple avisador.

Y el que avisa no es traidor.

Conozco el trayecto mejor que la Autovía del Norte, y en cualquier momento puede partir el autobús en el que tú recorrerás el infernal itinerario. Pero ten confianza y perseverancia, porque el billete siempre es de ida y vuelta, te lo aseguro.

Infinitos caminos conducen a TRISTEZA; muchos más que a Roma...

Te voy a indicar uno. Puede que de esta manera te muestres particularmente atento para evitarlo en cuanto lo vislumbres en lontananza. Del resto no vamos a hablar, porque, como ya está dicho, su número es infinito.

Imagina un desapacible anochecer de noviembre, sombrío y lluvioso.

Tus negocios marchan mal desde hace tiempo, y ése ha sido un día especialmente funesto en el ámbito económico. No tienes futuro. Tu inseguridad es total.

Piensas que tu caída arrastrará a toda la familia. Si no tienes futuro, tus seres más queridos y próximos tampoco.

Y vas recogiendo las ropas que pertenecieron a tu madre, y sus zapatos -algunos sin estrenar-, y sus bolsos, y sus escasas joyas. La recuerdas, anciana pero llena de vida, riendo junto a ti unidos por muchos años de vivencias comunes, por sangres comunes. Pero su cuerpo descansa para siempre en un cajón de madera bajo las frías, grises e impasibles losas de un panteón, y su alma trascendida y lejana, su esencia, ella misma, se ha alejado tanto que únicamente podrás alcanzarla al final de los tiempos. Mientras las lágrimas corren por tus mejillas, vas embolsando todas aquellas humildes pertenencias, ya sin dueña y sin utilidad.

Y en la calle, oscura y solitaria, continúa cayendo la lluvia como una prolongación del caudal que fluye de tus propios ojos.

¡Has llegado a TRISTEZA!

¿A que es lo más parecido al fin?

¡No seas imbécil...!

No te dejes engañar y reacciona.

Mañana saldrá el Sol de nuevo. Resurgirán las flores y los pajarillos entonarán sus cánticos alegres en las ramas brotadas de los árboles, y los problemas insolubles que te aplastaban bajo su insalvable peso habrán desaparecido. Y tú seguirás siendo un ser eterno, compuesto de cuerpo putrescible y alma inmortal e indomable.

No esperes ayuda de nada ni de nadie, pero confía en que TODO se encuentra dispuesto para echarte cuantas manos te sean necesarias. Saldrás del atolladero.

En cualquier momento verás la luz del final del túnel, pero jamás olvides que a lo largo de la interminable ruta, desconocida por intransitada, puede haber otros.

Prepárate con valor y afronta con despreocupación.

Después del ejemplo anterior, creo que sólo debo hacerte -hacerme- un par de consideraciones finales:

Puedes llegar al país de TRISTEZA en un segundo, y dejarlo casi antes de entrar en él.

Sobre todo, porque ese lugar únicamente existe en tu imaginación.



EL COLECCIONISTA DE SUSPIROS

NURIA CHICOTE

Era la hora bruja. En la casa sólo se oía el rumor de las plantas creciendo y el sonido que hacían los sueños al tratar de escaparse por la ventana. Gūjugl se asomó a la esfera del reloj y descendió por las doce campanadas, empleándolas a modo de peldaños para alcanzar el suelo de la estancia. En la cama, un anciano soñaba con tiempos pasados, cuando su mujer recorría el hogar regando las flores y canturreando tonadillas de amor hasta que la música inundaba la mañana. Hacía ya dos años, desde el día en que ella murió, que las macetas no habían vuelto a lucir una sola flor, pues como señal de duelo los capullos habían acordado brotar tan sólo en el seno de los sueños del viejo. Adormecido al calor de su fantasía, éste quiso burlar a la nostalgia suspirando, pero Gūjugl, conocido entre el resto de los genios por su falta de compasión tanto como por su rapidez de reflejos, se abalanzó sobre él y le robó el suspiro antes de que pudiese ejercer su efecto confortador en el alma cansada del anciano. Sin esperar a comprobar las consecuencias de su hurto, el geniecillo trepó por el rayo de luna que se colaba desde un ventanuco y se marchó rápidamente de allí, ya que algo en aquel cuarto que le había puesto sumamente nervioso. Tal vez fuese el intenso olor floral que anegaba la habitación, cuando ninguna de las plantas estaba floreciendo en aquel momento.

A Gūjugl le faltaba ya poco para completar su colección de suspiros. Los tenía de todas las clases y de todas las honduras, abarcando cualquier emoción capaz de arrancar de unos labios aquellos retazos de aire tiznados de placer, de amargura, de pasión o de tristeza. Gūjugl había nacido sin la capacidad de suspirar, pero su abuela Gūjuglina, una genio muy ilustrada, le había contado que los suspiros no son sino fragmentos de alma que se escabullen por la boca, y él había decidido reunir cuantas porciones de aquel evanescente tejido pudiese encontrar para tejerse un alma propia.

Mucho tiempo atrás, una hermosa elfo que le había requerido en amores se marchó para no volver jamás con el argumento de que resultaba demasiado doloroso querer a alguien que no tenía alma.

A Gūjugl esto no le había penado lo más mínimo, pero lo que sí hirió su orgullo fue descubrir que el resto del mundo poseía algo de lo que él jamás había oído hablar, y desde aquel momento se había dedicado con ahínco a la caza de suspiros. Llevaba recorrido medio mundo

(que eran sus amigos porque él les alimentaba con los suspiros que se repetían) y colándose en todos los hogares para robar los gemidos y alegrías de sus dueños.

Aquella noche no iba a ser una excepción, de modo que tras abandonar la casa del anciano, Gūjugl montó en el primer viento aliso que se cruzó en su camino y sobrevoló el mar y las montañas hasta descender en medio del desierto argelino. Allí, arrebató un suspiro del pecho de una beduina que amamantaba a su hijo recién nacido, y, algo más al norte, el lamento de un joven citado en una patera con el amanecer, y con la muerte.

El genio se frotó las manos satisfecho mientras desenredaba su cazamariposas mágico y guardaba en un frasco aquel último suspiro de añoranza por las cosas que aún no se han perdido. Con él, podía dar por consumada su colección, y ya sólo le quedaba cocinarla en forma de poción para beberse de un trago todos los suspiros.

Lo hizo tal y como su abuela le había enseñado, y cuando el último soplo se hubo derramado por su garganta, se quedó muy quieto, esperando. Al principio, no notó ninguna diferencia entre tener alma y no tenerla. Incluso llegó a pensar que su abuela le había engañado o que los suspiros que había recogido eran defectuosos, porque en el fondo nadie le había asegurado que los humanos fuesen criaturas con alma. Sin embargo, de pronto comenzó a notarse muy extraño, y a experimentar voluptuosidades que no había percibido nunca anteriormente. Sintió compasión por el anciano cuyo suspiro había robado aquella noche, y ternura por la madre beduina, y miedo por el joven inmigrante. Y, sobre todo, sintió una tristeza punzante, insoportable, por el amor que había dejado marchar sin siquiera tratar de impedirlo.

Aquella tristeza le dolía muy adentro, pero, extrañamente, se encontraba muy feliz. Ahora nada le impedía viajar en busca de la elfo que le había abandonado, y semejante pensamiento le volvió tan dichoso que de su pecho brotó un suspiro de felicidad. Era el primero, y también fue el último, puesto que a causa de su falta de práctica en el arte de suspirar, el alma entera se le escapó de entre los labios y fue a reunirse con su hermana, la brisa.

Y esta es la razón por la que, aún hoy, muchos creen oír al viento ululando tras las ventanas; pero las gentes avisadas saben ya que quien gime no es tal viento, sino un alma hecha de suspiros que huye despavorida cuando ve venir tras de sí a un genio llamado Gūjugl con un cazamariposas en la mano.

BESOS, BESOS, BESOS

Muy señor mío:

AMELIA ALONSO

He recibido y leído con gran satisfacción el correo electrónico que tuvo a bien enviarme la semana pasada. Como le expresé con anterioridad, es mi deseo seguir recibiendo con periodicidad sus artículos. El hecho de tener que suscribirme para ello no supone ningún problema, es más me parece completamente razonable.

Esperando cubrir el importe de la ya mencionada suscripción de forma satisfactoria, tal y como usted me indicó, le envío la cantidad estipulada de besos.

Se despide su atenta servidora y lectora fiel...

Carmina

“Apagó el ordenador y giro la silla despacio. Pensativa, sonriendo para dentro, se dirigió al comedor. Miró con detenimiento el viejo aparador de roble, acariciando sus líneas suaves y su color ligeramente matizado por la cera que el abuelo se empeñaba en utilizar en todos los muebles que construía. Recordó: "El barniz mata la madera, al contrario que la cera que la mantiene viva, la alimenta." Sí..., un día de estos debe darle un poquito de cera.

En la vitrina reposaban los recuerdos de algunos viajes, los regalos de aquel amigo, la cristalería en espera de alguna cena especial...

En la puerta de la derecha estaban las botellas de licor. El whisky que tanto apreciaba Eva, el ron dominicano, peleón, favorito de Jon, el calvados que compró para hacer aquel postre desastroso, la tequila que trajo Mario el día de la cena mejicana...

Entre las botellas guardaba también los frascos de especias: clavo y canela, pimienta blanca y negra, tomillo, romero, albahaca, cilantro y un poco de manzanilla. El té turco y el indio, la menta seca, el café y en algún rincón un poco de cacao que habían traído de algún lugar perdido en Sudamérica, debajo la caja de trufas, medio vacía...

Allí estaba lo que andaba buscando. Era una cajita especial. Ni muy grande, ni muy pequeña, estaba decorada con mariposas y flores pintadas a mano. Desde el primer día supo que solo podría utilizarla para esto. Para guardar los besos.

Los besos ocupan poco espacio y esta tenía el tamaño ideal. Los besos, sobre todo algunos, son etéreos y necesitan una caja que cierre bien. Los besos están vivos y necesitan un poco de vida alrededor, madera, mariposas y flores pintadas a mano...

Abrió la caja con cuidado y comenzó a rebuscar en ella.

Besos de miel y mermelada. Besos de chocolate y fresa y de fresa y chocolate. Besos de menta y labios frescos. Besos de tabaco y alcohol. Besos de compromiso, en la mejilla sin apenas rozarse. Besos como el roce de una pluma. Besos duros con fuerza, impetuosos. Besos jugosos y juguetones. Besos de vaca. Besos de niño, risueños, cosquillosos. Besos en la nariz, en los ojos, en los dedos. Besos tímidos que se encogen y se esconden detrás de otros apasionados con lengua y todo. Besos para prender en el cabello. Besos de mantequilla, de mírame y no me toques. Besos robados en la penumbra y otros arrancados con violencia. Besos que son mordiscos. Besos que irritan la piel de las mujeres. Besos como alas de mariposa. Besos secos y húmedos. Besos somnolientos, recién despertados. Besos especiales que saben recorrer el cuerpo aleteando breves, sin apenas rozarlo y susurrantes lo preparan para el amor. Besos adolescentes, inexpertos. Besos presurosos.

Besos en el agua. Besos explosivos, con ruido. Besos de despedida y de reencuentro. Besos de perdóname y de muchas gracias. Besos de todas las nacionalidades: franceses y seductores, italianos latín-lover, caribeños, bailones, árabes apremiantes...

Y en un departamento especial: los primeros besos. Esos en los que el corazón se escapa por la boca y la sangre hirviendo y el alma revuelta y un nudo en el estómago... Y allí entre puntillas bien guardado: aquel, el primero de todos. Un beso ligero y tembloroso, apenas un sabor, apenas un olor con una lagrima prendida en la comisura de la boca.

Y rebuscando eligió dos. Uno era un beso redondo, completo, satisfactorio, orondo, pleno. Un beso de noche de luna llena. Un beso de mar, un punto salado, un punto dulce. Un beso maduro con equilibrio, con cierto aroma a grosella y un final suave al paladar.

El otro era diferente. Era un beso suave y caprichoso. Juguetón y amable que siempre es bien recibido y acompaña agradablemente cualquier situación. Puede utilizarse indistintamente en la boca y en la mejilla. Y no por ello deja de perder su indiscutible encanto.

Ya con los dos besos elegidos se dirigió nuevamente al ordenador y tras darles instrucciones precisas y despedirse adecuadamente de ellos, los envió."

PRESENCIAS

LUIS MIGUEL GARCÍA DE AMÉZAGA

La tensión se hincha
y está a punto de estallar el pulsómetro
¡Hay tanta vida en las sillas con sus cuatro puntos de apoyo,
en las columnas con su poder de abducción,
en el libro reclinado de la estantería azul,
en la pelusilla que flota como fantasía bajo el somier,
en los secretos del cajón de la cómoda
con los calzones de pata del marido enterrado,
en los trajines del niño que no alcanza
el mundo con la mano,
en la palabra no dicha, porque hay montones que...!
¡Hay tanto de ti, vida,
en las espaldas del anónimo,
en las babas sobre la almohada,
en la taza caliente de un retrete,
en las sábanas con ronchas amarillentas,
en el alarido de soledad montañera,
en el miedo de bosque anochecido!
¡Hay tantas vidas sin salirse de ti
en una cafetera que piropea,
en una cucharilla que marea azúcares,
en unas pastas redondas con perlas de chocolate en la coronilla,
en yemas de dedo que señalan,
en rodillas que se besan,
en un descender vertiginoso de párpados,
en una charla con muchos silencios
en escurrido al atardecer de invierno!
Estás. Por eso hay vida en la vida.

En el prado de la impaciencia

PARA ESTI, POR SER MI PASADO, PRESENTE Y FUTURO

IGNACIO ALFARO

Me siento a hacer tiempo
y en el momento en el que la experiencia
me dice que interrumpe el vicio,
el silencio se apodera del cerebro
y me saca de quicio la noche
tan pobre de magia, tan sabida de nada,
que entorpece mis ansias,
ansias sanas de vidas logradas,
no ésas que en ellas las penas,
ahogadas y discretas, me llenan de canas.

¡Las ganas que tengo de verte la cara!
Sin miedos ni quejas, ni rejas en los ojos
ni vendas con letras que no dicen nada,
que dicen todo.
Y salir ahí fuera y verte desnuda
vestirte y amarte ya desde la cuna
que en tiempos dejaste ver por la ranura
del ventanal desde donde veo La Luna.

¡Ay vida! Lo que en ti se respira,
quien viera lo que ella me espera,
de tus manos ya suenan el agua verdadera,
aquella que me quiera, que en ella me vea
nadando lentamente sin bravura alguna,
sin la duda diurna y de la noche la temura.
¡Ay vida mía! ¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto te tengo!

TRISTEZA PASEANDO POR LA PLAYA

RAFAEL MORIEL

***Jamás prives a alguien de la esperanza.
Puede ser lo único que le quede.***

La tristeza caminaba por el paseo de la playa, lentamente. La tristeza vestía un brillante y largo traje color crema que la cubría por completo y una elegante pabela arrojando su cabeza, de la que pendía una larga cinta marrón agitada por la brisa proveniente del océano. La playa era de azúcar refinada en la Costa Gaditana, bañada por las cálidas corrientes saturadas con los mismos granos del transparente dulce que se sumaba sobre finas capas entre las dunas de sus entrañas, bajo el azul del mar, en cada una de sus ocultas y mansas profundidades, lugares de calma y de vital transparencia, espacios de vida y de muerte.

Y la tristeza caminaba como ha de caminar la tristeza, como siempre lo hizo; triste, triste y torpe, portando una bolsa repleta de regalos en su mano derecha, obsequios para todas las gentes apenadas que hallara a su paso, porque la tristeza siempre fue generosa y nos hizo sabias entregas tras cada visita. Caminaba a duras penas la tristeza y las gentes se apartaban a su paso, girándose y retorciendo sus caras, actuando gratuitamente para el resto de semejantes y superando a cada momento la puesta en escena que antecedió a la de cada cuál, esmerándose en odiarla por desconocer qué hacer con ella, rehuyéndola en los ojos ajenos, los ojos de los hombres y las mujeres y también los ojos de los niños y las niñas, que a cada momento aprendían algo nuevo para bien o para mal, y todos ellos en conjunto eran todos ellos y cada cuál era cada cuál, en el particular estilo evolutivo de su envoltorio vital.

En la "tele" retransmitían el fútbol y en las servilletas de los hoteles figuraba impreso: "Muchas gracias por su visita". Y de veras que la tristeza era tan hermosa, particularmente bonita además de enigmática y ciertamente atractiva, notablemente alta y de esbelta figura aunque nunca sublime, porque la tristeza siempre fue un rostro entre el montón... Con aquella enorme pabela ligeramente ladeada y la cinta de raso meciéndose entre el aire, hermosa pero lenta y torpe en su caminar, de inseguro paso a paso, impotente y doloroso suspiro exhalando de entre sus labios, acaso inquiriendo su destino, el lugar en el que debe habitar la tristeza, quizá en el interior quizá en el interior

de cada casa y en cada piedra del camino, sobre una silla y en el seno de su madera arrancada del árbol, y en cada grifo y tras cada puerta, en todo espacio físico o quizá entre varios miles de ínfimas neuronas. Acaso jamás acertara en su destino y es por eso que caminaba de modo tan aprensivo y sin saber ella misma muy bien un por qué que ni siquiera nosotros conocíamos. Pero nos apartábamos y la despreciábamos, quizá ignorábamos cómo darle un poquito de cariño, condenándola, en cierto modo, a lo irresoluto de su eterno suplicio, sumiéndola en su reflexión. Y así caminaba la tristeza, y ya te lo he dicho, mientras cada uno de los allí presentes, que nos habíamos relegado en aquella playa, sobre aquel paseo, con intención de disfrutar nuestras vacaciones, la evitábamos como si se tratase de la misma peste personificada, detestándola con todo nuestro ser, aborreciéndola como abomina el tirano sumido en su paranoia, la extraña novedad en la mirada de un secuaz que emana el despertar tras un prolongado letargo.

Una majestuosa cometa de hilo invisible con manos de muchacho sesgaba valiente el cálido aire del cielo. En cada chiringuito de la playa había cien refrescos más un barril de cerveza, mesas de plástico con sillas blancas de una pieza, decenas de fríos y hasta vaporosos aperitivos sobre el mostrador y un montón de tazas y de vasos, también blancos, más un pedazo de sombra con servilletas impresas y unos cubitos de hielo que más tarde serían tan sólo agua. Desde el mismo cielo el sol calentaba hectáreas de pieles con sangre de mil y una razas entremezcladas en diversas lenguas y dialectos de acento, y había tumbadas sobre la arena de azúcar decenas de revoluciones en estado de pausa, veintisiete guerras unidas por una necesidad mutua de descanso, y llamó entonces mi atención que en cada uno de los edificios, sobre idéntico y ávido luminoso en lo más alto y soberbio de cada puerta, en ataviadas mayúsculas de vivos colores fluorescentes en rojo y verde e invisible en todo su conjunto, figuraba escrito: **"Ama lo que el pueblo ama, odia lo que el pueblo odia"**.

La tristeza tropezó con uno de los adoquines del paseo. La tristeza se tambaleó hacia uno y otro lado, bamboleó lentamente y con tímida gracia, quizá con el poquito orgullo que restaba de lo que ella había sido hacía tiempo atrás, y cuando ya parecía recuperar su equilibrio, un caballero de bigotes y visera de propaganda se apartó con una emoción digna de causas mayores de su teléfono móvil, alzando la voz en el más grave de sus tonos para increparla y maldecirla.

Todos nos detuvimos en aquel instante con el propósito de sumarnos al acoso que aquel hombrecillo había iniciado. La tristeza era bella y siempre anduvo paseándose por los caminos de la Tierra, pero ansiábamos cortarle las alas y una señora gorda la empujó con intenciones de derribarla para continuar humillándola. Entonces, la bolsa con regalos que portaba la tristeza se desprendió de su mano y diversos paquetes se desparramaron sobre el pavimento del paseo. La tristeza cayó de rodillas, cabizbaja y más triste que nunca pues sus alas eran recortadas por los hombres y mujeres de la playa, y permaneció un instante inerte con su pamelita color crema todavía ocultándole el rostro y la cinta marrón y brillante ondeando lentamente al viento, sus manos rozando el suelo, diez hermosos dedos cubiertos de arena. Otro señor de pelo cano la abordó por detrás, arrancándole un trozo de la tela del vestido, cuyos jirones fueron apareciendo uno tras otro y a medida que nosotros la desgarrábamos con nuestras manos y toda nuestra mala intención concentrada en el gesto y en los músculos, acosándola de uno en uno o quizá de tres en tres, de diez en diez en apenas unos segundos, maldiciéndola por estar bonita y resplandeciente, rechazándola por tan inspiradora como siempre debió resultarnos la tristeza.

Las gentes se movían a cortos pasos entre idas y venidas y entre gritos y susurros, caminando en reducidos espacios reclamando justicia, y hubo un momento en el que alguien más atrevido que el resto y todo su hostigamiento conjunto, le arrancó la pamelita de un manotazo en la cabeza, alzando la tristeza su mirada. Yo me había acercado hasta allí, atraído por la curiosidad y con intenciones de participar en la tarea que era llevada a cabo por mis semejantes, todos los hombres y mujeres de la playa, cuando vi su cara. Ella, la tristeza, tenía mi rostro.

Y ahora, por la noche, intento descansar pero no puedo conciliar el sueño pues una duda me atormenta: ¿su rostro, mi rostro, era idéntico al del resto? ¿Vieron todos los hombres y mujeres de la playa su rostro reflejado en el de la tristeza? Pero me temo que mi interrogante ya no tiene respuesta puesto que todos salimos corriendo de allí lo más deprisa que pudimos, camino de nuestra habitación, en dirección al hotel. Además, nadie quiere hablar ya sobre lo ocurrido y todos hemos permanecido encerrados en nuestra habitación el resto del día, sin mediar palabra, sobre nuestra cama, quizá pensando lo que yo pienso en este momento.

FINALISTA "PREMIO ATENEO DE CÓRDOBA 2000 DE RELATO"

LA OPULENCIA DE LOS GIRASOLES

ANTONIO POLO

I

Enfrente de mí viaja una mujer a la que la muerte parece haber sorprendido. Está quieta, mirándome fijamente. Desde que entré no ha apartado la vista de mí ni un instante, sólo cuando el guardaguasas desvió el tren consiguió volver a la vida. Su renacimiento nos ha sorprendido a todos porque llegó con un gesto brusco y esquivo, lo que hizo que su compañero de asiento se volviera hacia ella un tanto incómodo.

De nuevo ha vuelto a mirarme decidida. Tal vez me confunda con otra persona, con otra que hubiera participado en sus pesadillas, acaso en sus sueños más dulces. Tal vez fuera eso, o quizá fuera porque tiene una mirada tan insistente y tan estatutaria que más que una mirada parece una advertencia. A veces, cuando cree que no la miro, o se distrae un momento con algún detalle del paisaje, la observo y me pregunto si esconderá algún secreto bajo su soberbio semblante; si lo desconocido o lo lúgubre habita entre los suyos. Diríase que percibe algo, algo que la asusta y no esperaba, algo que sin duda la atemoriza. Cuanto más la contemplo más me convengo de que su espanto está relacionado con la anticipación y la premura.

Al cabo de un tiempo vuelvo a retomar el libro que he comenzado a releer más de una docena de veces.

Cuando medio comprendí que podía oír los ruidos antes de que se produjesen, ni siquiera lo consideré una rareza...

La novela que entonces sostenía entre las manos fue a unirse también a mis sospechas. Parecía obvio que aquella mujer tan obstinada -sin duda, cómplice en silencio de quién sabe qué urdimbre- buscó alguna vez entre las ondas del aire los signos de aquello que aún no está; de algo que todavía no ha sido. Supongo que ha tratado de hallar el eco de las cosas futuras, de las miserias que rondan al acecho, de la felicidad que nos aguarda.

Tal vez pensó que habría logrado ganar por unos cuerpos de ventaja al destino, y por eso ahora escruta tan fijamente todo, como buscando un rasgo, o alguna insinuación en el oscuro túnel del futuro. Sin embargo, no ha logrado seducir sino a los ruidos menores, a las comunes menudencias: una tabla que se astilla, una puerta que se bate en la noche o una caricia inadvertida...

II

El tren era un cercanías. Una de las nuevas adquisiciones de la RENFE para cubrir trayectos interprovinciales: el Ómnibus. De niño sentía una enorme envidia por los viajeros de este plateado tren. No me ocurría lo mismo con aquellos otros que partían hacia lugares lejanos y que jamás volvían o lo hacían cuando ya nadie los recordaba, pero los viajeros del Ómnibus regresaban siempre al anochecer, quizá tres días más tarde, una vez finalizada la feria de ganado o la corta estancia en el hospital de Sevilla.

La mujer pareció turbarse cuando el tren se detuvo un instante en el apeadero. Los nuevos viajeros buscaban acomodo entre los asientos vacíos mientras crecía un alboroto momentáneo que tenía algo de fiesta y de urgencia a la vez. Todos llevaban ropa de abrigo.

Por el contenido de las conversaciones pudimos saber luego que aquellas gentes se dirigían a la estación de El Cuervo para tomar el expreso de Madrid. Todavía tuvieron que pasar algunos minutos hasta que lograron acomodo, y al cabo de un tiempo, cuando el traqueteo del tren volvió a convertirse en un ruido monótono, cesaron ya los rumores.

Mientras tanto, a lo lejos, como un soberbio oasis en la opulencia de los girasoles, se divisaban hileras de eucaliptos. De la misma manera, cuando el tren salía de un túnel o de una curva de amplio trazado y una vez ya superados los peraltes -flanqueados éstos por eminentes taludes-, se podían apreciar los silos y los elevadores de alguna pequeña explotación industrial. Todo lo que se podía contemplar desde el tren era, en algún momento, paralelo y cercano a nosotros: los cortijos inmaculadamente blancos (salpicados a veces por un amarillo de ocres vocaciones), los eucaliptos que dominaban los campos en una soledad extraordinaria, las acequias (trazadas con económica cautela), los olivos, la oleaginosa fragancia de las almazaras, la presencia

poderosa de los pesticidas, los puentes metálicos, los pasos a nivel sin barrera, las conjunciones de vías, las estaciones, los recuerdos, los vívidos temores...

III

Desde que el tren aumentó su velocidad en la última curva, las conversaciones cesaron totalmente. Diríase que aquel silencio inundaba las riberas más sórdidas de la fatalidad mientras el sol, al atardecer, reverberaba en la plateada estructura del Ómnibus.

Liberados ya de la atención de los nuevos viajeros, comencé a percibir el calor que desprendía el cuerpo de aquella mujer, ahora más próximo que nunca. Su cercanía fue proporcionándome toda una gama de fragancias de entre las que sobresalía una esencia dulce y equívoca. Fue entonces cuando el silencio se impregnó de su perfume.

Algunos minutos más tarde entramos en uno de esos puentes de hierro a cuyo paso el paisaje se transforma en finas obleas. Pasaron árboles discontinuos, ríos con millones de afluentes paralelos, pájaros solitarios (sin vocación y desbandados), y dos saltamontes que jugaban a engañar al arco iris. Luego la mujer desapareció. No sé qué me indujo a buscarla. Ni sé que por qué acechaba su rastro por los pasillos, pero lo cierto es que caminaba trastabillando a cada paso, en realidad reptaba apoyándome en los respaldos de los asientos. Corría sorteando maletas, esquivando a soldados con permiso, al aguador que ofrecía calladamente sus servicios, al revisor que cansinamente señalaba algo en su cuaderno. Una vez hube alcanzado el furgón de cola, aquella mujer me señaló un lugar al final, junto al portón, muy cerca de la última ventanilla, en el último vagón, en el último segundo.

Entonces llegó el ruido.

Las luces se apagaron, los débiles susurros cesaron, las ropas salieron despedidas, las maletas estallaron, los asientos -con sus ocupantes medio dormidos- recorrieron el vagón como si nada obstruyera su camino, y luego sobrevino el silencio. Solo el silencio. Nada más que el silencio.

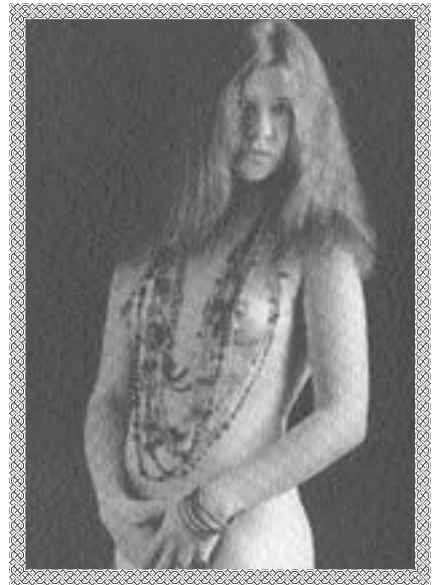
Me desperté en el hospital varios días más tarde, cuando ya se había restablecido el tráfico ferroviario. Me contaron que el Ómnibus y el expreso de Madrid se encontraron frontalmente entre las estaciones de Lebrija y El Cuervo; que los muertos yacían al borde de las vías cubiertos con mantas, que el Ómnibus, más frágil, no soportó el embate del

expreso; que los primeros vagones quedaron reducidos a la mínima expresión, y que el chirrido de los frenos se oyó desde muy lejos. Me dijeron también que el espectáculo fue dantesco...

Ya no quedaban evidencias de la catástrofe. Me dijeron que podía recuperar mis pertenencias en un almacén próximo al lugar. Aquella misma mañana me acerqué a retirarlas. A la entrada había una lista detallada de víctimas y heridos del accidente. Pregunté al jefe de estación por la misteriosa mujer que nadie recordaba, que nadie había visto, que nunca había subido a aquel tren.

Mi equipaje estaba al final de la nave, como si fuera una predicción. Fue al retirarlo cuando vi que junto a él quedaban los restos de una carta. Tomé el trozo ensangrentado de papel y leí:

...Subieron gentes con frágiles maletas. A lo lejos, como un soberbio oasis en la opulencia de los girasoles, se divisaban hileras de eucaliptos. Los viajeros buscaban acomodo entre los asientos vacíos. Todos llevaban ropa de abrigo...



LA MUJER QUE ROBABA MINUTOS

GOTZONE REDONDO

Si eres un hombre atractivo, tal y como imagino, y además cuentas tus primaveras por dos y tres docenas, puede que seas, sin ser consciente de ello, parte protagonista de este cuento.

A ella llamémosla Violeta, por distinguirla del resto de mujeres bellas que pueblan el mundo. Callaré adrede otros muchos detalles, o simplemente engañaré un tanto la realidad para evitar que alguno de vosotros la reconozca y se sienta molesto. Porque más de uno, y más de mil, si hiciéramos recuento, rastrearía como un sabueso rencoroso los más ocultos rincones del universo al saber que aquel torbellino de mujer estafó sus sentimientos, desplegando sus encantos con el mero objetivo de robarle lo que ella consideraba su bien máspreciado, el tiempo.

Lejos está de mi intención molestaros. Al contrario, me gustaría creer que después de leer este relato aquellos que se consideren afectados conserven el grato recuerdo que les dejó aquella brujita disfrazada que viajaba de aquí para allá enamorando a hombres cariñosos. Cualquier rincón fresco de un huerto era válido. Pocas veces se habrá respirado tanta felicidad bajo un peral, un membrillero, un manzano como cuando ella desplegaba su vasta "batería" de encantos.

Violeta solía presentarse tal como era: "Encantada de conocer tu sonrisa, muchacho. Yo sólo te puedo ofrecer a cambio el apretón de manos de la bruja más tierna y sinvergüenza que tendrás oportunidad de conocer en muchos años". Desde ese preciso instante ella sabía que tras sus manos el contacto se extendía su irresistible cintura, a sus pies, sus curvas, sus abrazos, todo aderezado con millones de partículas de felicidad y sexo de buen grado. Cierto es que muchos hombrecillos susceptibles al calor humano vieron iluminados sus semblantes durante el tiempo que duró el encantamiento al lado de, en mi opinión la más hipnotizante de las mujeres que han poblado la tierra en los últimos años. Creo que, aunque les hubieran advertido de que iban a ser utilizados, no hubieran escatimado un sólo rato a su lado. Sinceramente, no era para menos. Por ella paseaban la gracia, la capacidad de sorprender y la alegría en un sólo instante, elevando sus gestos a obras de arte, convirtiendo sus horas de compañía en cortos ratos, en breves minutos bajo la apreciación de sus enamorados. Ahora bien, no nos engañemos, que última afirmación tiene su fundamento.

Violeta conseguía que su compañía se convirtiera en el manjar más agradable y breve jamás catado precisamente porque ella se encargaba de acortarlo. ¿Quién podía siquiera imaginar que tras aquel rostro angelical, aquella flor hecha mujer, se escondía una altanería y una avaricia difícil de igualar? Digamos que Violeta iba a tratar de conservarse joven a toda costa, a evitar marchitarse y sentir pliegues en su rostro como le puede ocurrir a cualquier humano. No temía a la muerte, era simple coquetería. Odiaba las arrugas y todas las connotaciones que consigo traían, de modo que en sus ratos libres, es decir, cuando no dormía, se dedicaba a robar minutos a sus amantes.

Tres miradas cruzadas, dos frases y un beso desembocaban sin remedio en una noche azarosa bajo la luz del cielo, siempre en alguna huerta repleta de hojas grandes, verdes y frescas. Violeta escogía con suma cautela el escenario de sus retoques. Jamás trató de evitar que les descubrieran. Al contrario, le divertía la idea que algún mancebo bien dispuesto se uniera a la "fiesta". Ella sólo se preocupaba de que el rocío y la frescura del ambiente resultaran suficientes para que sus amantes exhalaran largas bocanadas de vaho al aire. Ese era el momento clave, el preciso instante en el que, por arte de magia, ella conseguía apoderarse del hilo de vida que el ambiente sostenía, atrapando tanto ese vaho milagroso que su amante exhalaba como el de los suspiros retenidos, escondidos entre alvéolos, que ella sutilmente se encargaba de succionar por medio de sus besos. Cada vez que los labios de Violeta se accionaban, absorbentes y envolventes, aquella brujilla succionaba a sus amantes entre diez minutos y tres cuartos de hora de su vida, todo dependiendo del frenesí del beso.

¡Ah, Violeta!, tan ambiciosa como coqueta, además de previsora. Siempre llevaba a mano pequeños frascos para guardar, bien ceradito, el aliento fresco de su amante, aquel resquicio de vida que luego emplearía para respirar sin malgastar su propia energía.

Todo hubiera sido perfecto si en su camino no se hubiese topado con un "viejo" diablo como yo. Reconozco que la primera vez que la vi la encontré tan hermosa que intenté prevenirla de mi peligro al presentarme: "Ha sido un placer conocer tu belleza, preciosa, pero me reservo el ofrecerte mi mano, mis besos o mis abrazos. Correrías el riesgo que un leño que se acerca al fuego. Al primer contacto crepitarías, pero si mantenemos el contacto terminarías consumida como el resto de las brasas". Se rió escandalosamente, como pocas veces lo hacía (por eso de evitar las arrugas), tras lo cuál se abalanzó sobre mí

sin contemplaciones. Mientras nuestras bocas hacían aguas, su mente alborotada calculaba cuántos frascos de aliento obtendría de aquel amante tan fogoso. Pobre ingenua, ¡qué lejos estaba de imaginar cómo su amante dominaba mucho mejor que ella el ancestral truco del aliento!

Recuerdo al menos veinte noches a la intemperie, sorteando algún que otro regalo que los frutales dejaban caer de vez en cuando. Nada comparado con los cientos de veladas que disfrutamos acurrucados frente a la chimenea, mezclando nuestros calores con los de la lumbre, allí donde yo me siento tan identificado. Lástima que después de tantas sesiones Violeta, lejos de conservar su juvenil porte, se había ido consumiendo hasta tal punto que le faltaban ánimos para tomar el fresco aliento de sus frascos. Ajena a toda sensación de peligro, segura como solía estar de sí misma, se me había entregado en cuerpo y alma (nunca mejor dicho), sin ser consciente siquiera de que se había enamorado, que en sus besos no sólo no recogía aliento para alimentar su alma, sino que por el contrario empleaba el suyo propio agotando poco a poco las reservas que le quedaban. ¡Ah, la dulce Violeta!, estaba tan ilusionada que ni notaba como se marchitaba. ¡No la hubierais reconocido si la hubierais visto entonces, pegada a mí como una esclava!

A pesar de considerarme un diablo bastante malvado sentí lástima al abandonarla después de haberla robado sus frascos. Tenía que proseguir mi vida, crear propias historias, aventuras que quizás algún día sean leídas. De momento sigo recorriendo el mundo fresco y lozano, gozando y haciendo disfrutar a todo tipo de atractivas mujeres. Ello, claro está, gracias a vuestras desinteresadas contribuciones, a vuestros suspiros y exhalaciones. Os quedo pues sinceramente agradecido, queridos galanes, a todos vosotros, puede que a ti, atractivo caballero, al menos hasta que agote las reservas de aquellos milagrosos frascos que guardaba Violeta y me vea obligado a robar minutos a mis amantes. Quizás me encuentre alguna otra brujilla tan linda como Violeta. O quizás tope en el camino con un ser más endiablado que el mío que provoque mi decadencia. ¿Quién sabe? Disfrutemos a tope mientras podamos.



PASIÓN Y DESENGAÑO EN EL BOSQUE DE LA NOCHE DE DJUNA BARNES

NURIA SEBASTIÁN

"Tigre incandescente en los bosques de la noche"

William Blake

A veces una palabra, un sonido, una persona, un libro... te estremecen, te llaman, te voltean, y se quedan instalados en algún lugar de la memoria, recónditos, arrojando luz o sombra sobre nuestra vida. Imperceptibles y permanentes forman ya parte de nosotros. Así me ocurrió con El bosque de la noche; así me ocurrió con Djuna Barnes. Llegó a mí (pues son los libros los que eligen su lector y no al revés) de manera imprevista, como casi cualquier acontecimiento importante:

Isabel Allende llegaba a Bilbao para presentar su último libro, Afrodita, y yo estaba decidida a entrevistarla. Antes quería documentarme, saber qué había dicho en las últimas semanas, bucear en los periódicos de esos días. En uno de esos periódicos, tras las palabras de un titular en un suplemento del El País, se escondía el libro: "La pasión, la noche y el bosque de Djuna Barnes", por María José Obiol. La editorial Circe acababa de publicar la biografía "definitiva" de Djuna, escrita por Philip Herring, y el hecho merecía dos páginas de aquel cuadernillo cultural.

No encontré entonces El bosque de la noche en la biblioteca, y no suelo leer biografías, pero junto a mí, fuera de su sitio, en uno de los carritos, estaba el libro de Herring, reluciente, recién adquirido, y tuve que llevármelo para leerlo con avidez durante esa semana.

Supe así que Djuna nació en 1892. en Cornwall on Hudson, Nueva York; que su nombre fue inventado por su padre, a quien también le gustaba inventar diferentes nombres para sí mismo. Profundicé en la relación -ya esbozada por María José Obiol en su artículo- de Djuna niña con su abuela, entre juguetona e incestuosa; me asaltó la sospecha de una violación por parte de su padre o de un amigo de éste; y, sobre todo, conocí a Thelma Wood, por quien Djuna perdió la cabeza, el corazón y la esperanza.

Hay personas que te voltean y te vuelven nocturno. Djuna y Thelma podrían haber sido felices, pero la noche se instaló entre ambas. El bosque de la noche es el relato de esa pasión y de ese desengaño. "Cada día está pensado y calculado, pero la noche no está

premeditada (...) La noche hace algo con la identidad de la persona, aunque duerma". Los sueños de la persona que duerme a nuestro lado no nos pertenecen, y nunca sabremos si nos unen a ella o nos separan.

Djuna tenía 30 años y Thelma 19 cuando se conocieron en París. Poco antes Thelma había sido amante de Berenice Abbot, la fotógrafa que inmortalizó el Nueva York de los años veinte. Djuna, más tarde, ironizaba sobre esa situación: "Yo le di a Berenice la e y ella me dio a Thelma. No sé cuál de las dos salió ganando". Djuna y Thelma convivieron durante ocho años, durante los cuales mantuvieron una relación destructiva a la vez que necesaria, hasta que Thelma la abandonó por otra mujer. Cuando le preguntaban, Djuna afirmaba: ¿lesbiana? Nunca, sólo amé a Thelma Wood; o, utilizando una frase de uno de sus posteriores amantes, el también escritor Charles Henri Ford, "yo amo a las personas, no al género al que pertenecen".

T.S. Eliot prologó El bosque de la noche: "Djuna Barnes ha descubierto su propio dolor, lo ha identificado y le ha dado una palmada en el hombro". "Das belleza al horror, ese es tu mayor talento", le decía a Djuna su amiga Emily Coleman.

Cada personaje de la novela es un reflejo de la vida real. Así nos encontramos con Thelma (Robin Vote) de la que se dice que "la gente se sentía violenta cuando ella les dirigía la palabra, enfrentados a una catástrofe que todavía no había comenzado"; con Djuna (Nora Flood): "tenía la cara de la gente que ama a la gente, una cara que sería torva cuando averiguase que amar sin reservas era ser traicionado"; con Henriette Metcalf (Jenny Petherbridge o "la squatter"), la mujer por la que Thelma la abandonó: "cualquier parte de su persona sólo hubiera podido considerarse 'correcta' separada del resto"; y con Dan Mahoney, un amigo de la escritora que en el libro se transforma en el doctor O'Connor. Este personaje es clave en la novela: sin ser el narrador se revela como un vigilante oscuro y lúcido que observa al resto de personajes y que en el espléndido capítulo "Vigilante, ¿qué me cuentas de la noche?" disecciona la noche y todas las acciones que en ella o por ella se producen.

Djuna exigía a Thelma una fidelidad que ésta nunca le prometió. Muchas veces salía a buscarla por todos los bares de la ciudad y otras muchas, como dice en la novela, "tenía que verla deseando marcharse y quedándose". Fue entonces cuando Djuna comenzó a beber.

Pero el carácter de Djuna tampoco era fácil. A veces relacionarse con ella era imposible, se volvía insoportable e insultaba a todos aquellos que la rodeaban.

En 1936, al publicarse la novela, Djuna Barnes estaba totalmente alcoholizada. Tres años después intentó suicidarse, estando en Londres, y tuvo que ser ingresada en varias ocasiones a causa de sus crisis nerviosas. Peggy Guggenheim, amiga y mecenas suya, la embarcó hacia Nueva York, donde su familia decidió ingresarla en un sanatorio, lo que Djuna no perdonó jamás.

Del deseo de venganza surgió en 1958 la obra de teatro *The Antiphon*. "Escribí *La Antífona* con los dientes apretados y me di cuenta de que lo que escribía era tan salvaje como un puñal". En la obra un personaje pregunta: "¿Por qué no nos quieres ya?", y otro contesta: "La pregunta es por qué os quiero".

Durante su vida, tanto en París como en Nueva York, Djuna, gracias a su profesión de periodista, conoció y frecuentó a las principales figuras artísticas y literarias de su época, desde James Joyce (que le regaló las pruebas de imprenta del *Ulises*) hasta Charles Chaplin, Marcel Duchamp, Gertrude Stein, Ezra Pound, Samuel Beckett o Ernest Hemingway. Sus impresiones sobre estos personajes se encuentran recogidas en el volumen *Perfiles*.

Djuna Barnes vivió hasta una semana después de cumplir los noventa años. Nunca perdió su sarcasmo y si le preguntaban por su salud contestaba: "Desmoronándome bien, gracias". Con el tiempo se fue encerrando cada vez más en sí misma y no permitía que nadie la visitara, ni hombres ni mujeres, pero especialmente mujeres. No consintió que la visitara la escritora Carson McCullers (autora de *El corazón es un cazador solitario*). Djuna consideraba que las mujeres eran malas escritoras, y que en toda la historia de la Literatura sólo había habido dos buenas escritoras: Emily Brontë y ella.

Con *El bosque de la noche* nos aproximamos a una imagen extraña del mundo y de las personas, pero, a fin de cuentas, como se afirma en el libro, una imagen no es más que "un alto que hace la mente entre dos incertidumbres". Una obra que nos aparta y nos acerca a la vida: "Hay que estar un poco apartado de la vida para conocer la vida, la vida oscura, vislumbreada confusamente".

Una versión más amplia de este artículo fue publicado por la misma autora en el número 5 de Iguazú, Revista Artesanal de Literatura y Cultura, diciembre de 1998.

PARA MÁS INFORMACIÓN SOBRE DJUNA BARNES:

- *La pasión, la noche y el bosque de Djuna Barnes, por María José Obiol en Babelia, El País, 25 de octubre de 1997*
- *Djuna Barnes, Philip Herring, Circe, 1997*
- *El bosque de la noche, Djuna Barnes, Seix Barral, 1992*
- *El vertedero, Djuna Barnes, Seix Barral*
- *Humo, Djuna Barnes, Anagrama, 1989*
- *Perfiles, Djuna Barnes, Anagrama, 1987*
- *Nueva York, Djuna Barnes, Mondadori, 1989*



PATROCINADORES

TEXTURAS, revista literaria
nuevas dimensiones del texto y de la imagen
(poesía, poesía visual, relato, ensayo,...)



Apartado 2201
01080 VITORIA-GASTEIZ
Tfno: 945 24 93 74
www.galeon.com/texturas/



ARTE ACTIVO 2000 - EUSKADI
Plaza de la Estación de Renfe, S/N
esquina a calle Dato, VITORIA-GASTEIZ
E-mail: arteactivo2000@yahoo.com
www.arte-activo.com
Tfnos: 655 734 748 - 945 155 087

Juan López de Ael



para el espacio de arte
de la galería de
Juan López de Ael

ESPACIO DE ARTE
"Galería Itinerante"
Juan López de Ael
Zapatería, 79
Apdo de Correos 678
Tfno: 945 254 408
667 595 607
01080 VITORIA-GASTEIZ



Imprenta DÁDIVA
Venta de la estrella, 6 - Pabellón 39
01006 VITORIA-GASTEIZ
ARTES GRÁFICAS
Offset - Auto edición
Todo tipo de impresos



Se organizan actividades
deportivas y culturales




Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala

Jon Uriarte Gómez
Trabajos rápidos
Pantano de Landa Nº69
01099 VITORIA-GASTEIZ